



La Lectura Popular

AÑO XVII

Orizaba 1 de Enero de 1899

Núm. 369

LOS PITOS DE BLAS



—Mi amo, año nuevo vida nueva. Ya empezó el de 1899, y estoy dispuesto á emprender grandes cosas antes que se acabe el siglo. No quiero que digan que soy un ganso incapaz de tomar parte en el concierto del progreso humano. Estoy decidido; entro en el concierto.



—¿Qué estás diciendo, Blas?
 —Que voy á juntarme con los hombres del progreso para ayudarles á transformar el mundo, á cambiar la sociedad, á echar patas arriba todo lo existente y á dar un empujón á la humanidad que la haga adelantarse seis mil leguas en el camino de la civilización.
 —¿Jesús Mari-José Y cómo vas á arreglar para realizar tamaña empresa?
 —¿Cómo? Dedicándome con furor desde hoy mismo al estudio de todas las ciencias y de todas las artes, y de la política, y de la filosofía, y de la literatura, y del arte de la guerra, y de la diplomacia, y luego á presentarme diputado, á ser general, á ser ministro, á ser...
 —¿Estás borracho, Blas? ¿Tú dedicarte al estudio? ¿tú aprender artes y ciencias? ¿tú presentarte diputado y ser ministro? vamos á ti te dura la mona de Pascua.
 —Se equivoca usted.
 —Ea, pues ya que tan decidido estás á tomar parte con tus amigos en el concierto del progreso, te propongo que empecemos por una cosa.
 —¿Por cual?
 —Por probar los instrumentos á ver si

están afinados.
 —Pruebe usted lo que quiera.
 —Dime, Blas, ¿eres casado?
 —Esa pregunta se le hace á los loros. Mi amo, no empiece usted con bromas.
 —Dispensa: no trato de burlarme; dime si eres casado.
 —Y con cinco hijos.
 —Muy bien: sigue contestando. ¿Están bautizados tus hijos?
 —¿Y eso á qué viene?
 —¿Recibieron la confirmación?
 —¡Jesús María!
 —¿Los educas bien?
 —¡Caracoles!
 —No pregunto si quieres caracoles, si educas bien á tus hijos.
 —Pues...si, señor.
 —Les enseñas la doctrina cristiana: mejor dicho, la sabes tu bien para enseñársela á ellos?
 —Pero ¿qué tiene que ver eso con...
 —¿Y procuras vigilarlos y corregirlos, y reprimir sus pasiones, y curar sus malos instintos, y darles buen ejemplo evitando que vean ó oigan en tí cosas que puedan escandalizar su inocencia?
 —Pero...
 —Y procuras que vayan á una escuela verdaderamente cristiana, y estás á la mira de sus adelantos, y te enteras de las condiciones morales del maestro que le dirige, y...
 —Pero...
 —Y vigilas con cuidado para conocer los amigos con que se juntan, y adonde van, y lo que hacen, y si cumplen todos los preceptos religiosos, y si santifican las fiestas, y...
 —Pero ¿qué es esto?
 —Y si leen malos libros ó malos periódicos, y si asisten á casinos, cafés ó tabernas donde se reúnen gente *non sancta*, y si beben ó juegan, y si...
 —¡Tío Matracal!
 —Y tú por tu parte los aleccionas con constancia y con el buen ejemplo, inculcándoles ideas de modestia, sencillez, amor al trabajo, caridad con los pobres,

respeto á los mayores...
 —¡Eche usted, y no se derrame!,...
 —Y llevas los ojos abiertos sobre las personas que frecuentan tu casa y tratan de enlazarse con tu familia, averiguando con toda certidumbre si son ó no son dignas y honradas y...
 —Pero ¿qué viene á ser esto, tío Matracal? ¿qué chaparrón de preguntas es este? ¿qué se propone usted con tamaño interrogatorio?
 Nada, hombre. ¿No decías que ibas á tomar parte en el concierto del progreso? Pues estoy examinando los pitos á ver si están corrientes. Hemos tocado los de tu familia; ahora vamos con el tuyo. Dime, Blas, ¿cómo vas de vicios?
 —¿Empezamos otra vez?
 —¿Te has decidido ya á trabajar más y politiquiar menos? ¿Te dejaste ya la sota de bastos y las cenas de café, y los amigos de mala realeza, y las lecturas impías, y las conversaciones indecentes y las pretensiones de grande hombre sin saber donde tienes la mano derecha?
 —Poco á poco, yo no tolero...
 —¿Has cercenado ya el excesivo gasto que tenías en tu casa y el lujo de tu familia para no comerte lo tuyo y lo ajeno y poder pagar trampas y ahorrar algo para la educación de tus hijos y socorrer las necesidades de tu prójimo.
 —Le digo á usted que...
 —¿Y, en fin, te has resuelto ya de veras á curar las miserias de tu corazón ahogando las malas pasiones que dejaste libres en tu juventud con perjuicio tuyo y de los demás? ¿Has vuelto los ojos á Dios para que en lugar de aquellos abrojos haga florecer en tu alma la semilla de las virtudes?



En una palabra: ¿has logrado ya convertir tu salvaje persona en un hombre honrado de esos que se llaman así, no porque no matan y roban, sino porque procuran ser verdaderamente buenos y fieles y pacíficos y humildes y puros y fuertes y dispuestos á sacrificar, no solo sus intereses y su posición, sino hasta su vida entera en aras de la verdad y de la justicia?

—¡Eal basta ya, tío Matraca. No tanto. ¿Ha creído usted que yo soy algún santo ó algún héroe ó tengo fuerzas de gigante para levantar la carga que supone toda esa letanía de obligaciones?

—¡Ah! ¿conque te parece difícil todo eso?

—Claro está.

—Pues si tan difícil hallas arreglar lo pequeño ¿cómo quieres arreglar lo grande?; si tan penoso juzgas arreglar tu corazón ¿cómo quieres arreglar el mundo entero?; si tan cuesta arriba te viene reformar tu familia ¿cómo quieres reformar la sociedad? ¡Infeliz Blas! ¿Qué idea has formado tú del progreso humano? ¿Crees acaso que el ser hombre de progreso consiste en hablar mucho de civilización y de adelantos, y preocuparse mucho de ferro-carriles y telégrafos, y tronar contra el oscurantismo y hacer el farol echándose las de político, y hacerse rico metiéndose en belenes ó hacerse célebre descubriendo el secreto para volar por los aires? No, Blas: nada de eso. El progreso no consiste en esas cosas; cuando más, alguna de esas cosas en lo que tengan de buenas, serán el efecto, pero no la causa; serán el fruto, pero no la raíz.

—Pues ¿cual es la raíz del progreso?

—La virtud, y solo la virtud.

Porque de la virtud sale la justicia, y de la justicia nace la paz, y de la paz viene el trabajo y del trabajo surge la prosperidad, y de esta los adelantos y las industrias y las riquezas y cuanto tú ¡oh grandísimo papanatas! llamas civilización, siendo así que solo es su consecuencia.

—Tío Matraca, usted lo pase bien, tengo que hacer.

—No te vayas, hombre; ven acá y echa una copla.

—No puede ser, tengo prisa.

—Ea, pues si tú no la echas la echaré yo por tí.

Cuando quieras Blasillo
dar un concierto,
procura afinar antes
tus instrumentos;

Mira Blas mio
que sin eso, no hay música,
que no sea un lio.

ADOLFO CLAVARANA.

La Blasfemia de Lucifer

Juntáronse un día los demonios del infierno para inventar juramentos execrables; palabras obscenas, maldiciones impías, irrisiones sacrílegas y expresiones de blasfemia, y sugerirlas después á los pobres hijos de Adán. Allí hizo cada demonio su esfuerzo de malicia, y habiendo proferido todos ellos las más enormes atrocidades contra las cosas sagradas, los santos de Dios y la misma Divinidad, levantóse Lucifer, príncipe de los diablos, y arrojó la más horrible é inmunda blasfemia que puede pronunciarse contra Dios, porque en ella se encerraba la malicia de todas y la mayor injuria y vilipendio que podría hacer una criatura humana á la Divinidad, ensuciándose en el su nombre sacrosanto.

Andad, dijo Satanás, enseñad á los hombres á maldecir jurar y blasfemar; pero sobre todo á proferir mi blasfemia. ¡Ay del pueblo que la tome en su boca!



Saliendo, pues, los demonios del infierno, se derramaron por todas las regiones del mundo, y sugirieron á los hombres todas aquellas infernales expresiones de juramentos, torpezas, maldiciones y blasfemias que en el infierno se habían inventado. En unos pueblos y naciones se recibieron unas, y en otros otras; pero la blasfemia impiísima y asquerosísima de Lucifer se rechazó universalmente en todas partes, porque se oponía al mismo natural decoro de la humanidad, y no podía el blasfemo proferirla contra Dios sin degradarse feisimamente á sí mismo. Mas perseverando en su diabólica porfía los espíritus infernales, hace cosa de un siglo que han logrado introducirla en un reino desventurado (con lágrimas se ha de decir más que con palabras) en nuestra pobre España, hecha ya hoy como sabe todo el mundo, *el país clásico de los grandes blasfemos*. Sólo en nuestra nación, en esta tierra católica por excelencia, han hallado los demonios, no digo ya solo blasfemos cualesquiera, que por desgracia también los hay en otras naciones, sino (lo que aún es más repugnante) innumerables hombres suficientemente brutales y degradados para contaminar el nombre de Dios, con la inmundicia que chorrea de sus bocas, que no parecen sino respiraderos de la cloaca infernal. Y aquella blasfemia rechazada de todas

las demás naciones por horriblemente inmunda y degradante, es la que se oye en nuestras tabernas, cafés, salones de baile, en las fábricas y talleres, en las casas, calles, plazas y caminos: y esto con tal frecuencia que nuestros blasfemos arrojan una bocanada de basura contra Dios siempre que se irritan, siempre que se quejan, siempre que se admiran, rien ó lloran, hasta el punto de añadir la salsa de sus inmundicias en todas las materias de su conversación, especialmente en dos regiones donde se blasfema más que en el resto de España, y más tal vez que en todo el resto del mundo.

Maravillanse en gran manera los extranjeros no acostumbrados como nosotros á oír semejantes brutalidades, cuando las oyen en las estaciones del ferrocarril, en las fondas y en todas partes, causándoles como es natural una pésima impresión de grima, de asco y de vómito; y al notar que tan fétida blasfemia es cosa corriente en España, y que no sólo blasfema tan asquerosamente la gente más soez, sino también muchas personas que por su categoría, oficio ó cargo público, deberían hablar con decencia, nos consideran como un pueblo bárbaro y semi-salvaje, sin urbanidad, sin modales, sin policía y sin decoro.

Decíame poco há un inglés que si en alguna estación de Londres se profiriese alguna palabra semejante, aunque no fuese tan ofensiva al público decoro, luego al punto sería conducido el blasfemo á la cárcel. Tres amigos míos, americanos de la república Argentina, acaban de asegurarme que nunca en toda su vida habían oído una blasfemia contra Dios, hasta que vinieron á España; y tratándose de un grande envío de estas Hojitas populares á Buenos Aires, Chile, Montevideo y otras repúblicas de Ultramar, han avisado al administrador que excluyese de la remesa las que tratan de la blasfemia, «aquí, decían, no son necesarias, porque nadie blasfema si no es algún español recién venido, y aun ese deja á los quince días el hábito de blasfemar, cuando nota la gran repugnancia que causa á los demás su indecente lenguaje.»

Si, amigos míos: aunque nos cubra de vergüenza, es preciso confesar nuestra ignominia. Se blasfema horriblemente en España, y más asquerosamente que en todo el resto del mundo.

Y ¿qué hacen las autoridades españolas? Callan, y algunas blasfeman también. Y ¿no es la religión católica religión nacional del Estado? ¿Cómo se tolera: pues, un lenguaje á la vez tan hediondo y tan rematadamente impío, que es el escándalo de todas las naciones protestantes y cismáticas de Europa y de todas las repúblicas de América? Tápense los oídos los herejes protestantes y republicanos católicos, si no quieren oírlo. Nosotros ya estamos acostumbrados á ello. Pero el blasfemar así de Dios, ¿no está prohibido por la ley vigente, en los artículos 240 y 586 del Código penal y en tres declaraciones hechas en 1885 por el Tribunal?

De re política

premo? ¡Quién hace caso de estas cosas!...

Resulta, pues, en limpio, que no sólo la blasfemia, sino hasta aquella misma blasfemia rechazada de todas las demás naciones por demasiado impía y degradante, la blasfemia inventada por Lucifer, es usada y corriente en la católica España, y tolerada de hecho con increíble impunidad por el gobierno de la nación. Constituye, pues, una especie de crimen nacional.

No nos maravillemos ahora, españoles, de que desde que comenzó tan horrenda blasfemia á popularizarse por nuestra patria, comenzase á derramarse sobre ella el cáliz de la ira de Dios. Es un hecho histórico y contemporáneo que todo el mundo sabe, y no parece sino un escarmiento visible puesto á la faz de todas las naciones.

En este siglo de la grande blasfemia hemos perdido, una tras otra, las posesiones ultramarinas que eran preciosísimos florones de la corona de España; en el norte de América hemos perdido Méjico, en el centro Guatemala, San Salvador, Honduras, Nicaragua y Costarica: en el sur el Ecuador, Chile, el Perú, Paraguay, Uruguay, la república Argentina, Bolivia, Colombia y Venezuela; en una palabra: todas las posesiones de la América del Sur, toda la América Central. Méjico y las Grandes y Pequeñas Antillas.

A torrentes se ha derramado la sangre española, así en la guerra de la Independencia como en las guerras civiles, que han convertido nuestra nación en un campo de Marte; y alternándose con ellas, guerras en Africa, guerras en Cuba, guerras en Filipinas y guerras por tierra y por mar. ¡Cuánto oro, cuánta sangre y cuantas lágrimas han costado! ¡Y cómo han subido los gastos del presupuesto, la deuda exorbitante de la nación, los impuestos y contribuciones y el sinnúmero de fincas embargadas! También nos ha castigado Dios por su mano con pestilencias, terremotos, pertinaces sequias, devastadoras inundaciones y otras gravísimas calamidades que se han alcanzado unas y otras. Y últimamente, prevaleciendo los planes de la más negra iniquidad, hemos perdido toda la Armada, las mejores colonias, puertos y mercados; y los que éramos reyes de dos mundos, nos vamos á quedar sin tierras, sin comercio, sin industria, sin agricultura, sin dinero, sin sangre, y sin honra, hechos el botín y el escándalo de todas las gentes.

¿Cómo ha pesado la mano de Dios sobre nuestra patria mucho más que sobre las otras naciones? ¿Qué crimen ha cometido, del cual no son tan culpables las demás? El horrendo crimen de la blasfemia más impía y más inmunda que pudo inventar Lucifer. Y por ser tan impía esa blasfemia, ha merecido España la maldición de Dios; y por ser tan inmunda y degradante, ha merecido que el Señor entregase nuestra patria queridísima al desprecio de las naciones.

(Hojitas Populares.)

Todo el mundo habla de reformas y de regenerar á España; pero ¿cómo va á hacerse esa operación?

El partido conservador-liberal bautizado de nuevo con el nombre de *Union conservadora* se reunió la otra noche y convino en que era necesario que dejase el poder el partido fusionista para tomarlo él.

El Sr. Silvela jefe de la tal *Union* apoyó el pensamiento *regenerador* con estas frases.

«Si en otras partes al sobrevenir mutilaciones del territorio nacional, de menos extension y gravedad que las nuestras se ha cambiado de régimen ¿que menos se puede pedir en España ante la eliminacion de todo un imperio colonial que el cambio de Gobierno y de partido?»

¿Nada más, señor Silvela?

Pues ustedes que han venido turnando en el poder con los demás liberales ¿no son tan responsables de lo ocurrido como ellos? ¿no son ustedes los mismos perros con distintos collares? ¿Y hemos de contentarnos ahora los españoles con que se quiten ellos para que vuelvan ustedes?

No: el sentido comun rechaza á todos ustedes por igual y no se contenta con menos que con mandarlos á gobernar su casa ya que tan mal han gobernado la agena.

Parece mentira que hombres de seriedad sean capaces de creer de buena fé que España puede regenerarse aplicándole las mismas cataplasmas que la han llevado á la sepultura.

España necesita otra cosa; España necesita echar abajo todas las libertades *liberales* que la Iglesia ha condenado cien veces y que ustedes debian haber condenado tambien sin distingos uniéndose sinceramente á los que las combaten con lo cual España se hubiese salvado.

No lo han hecho ustedes y aun insisten en volver al poder para repetir la triste suerte y echar por el suelo lo poco que queda en pie con sus sistemas de componenda y mal menor.

Acatemos los designios de la Providencia; pero convengamos en que si ustedes los hombres en quienes no se apagó por completo la luz, no abren los ojos despues del doloroso colirio con que los ha ungido la justicia divina, es que España está condenada á perecer.

Porque francamente; que no renuncien á sus ideas los Castelaes, Sagastas, y Salmerones apesar de los pesares tiene explicacion; pero que ustedes los hombres de la piedad y la teología insistan en sus

trece y no vean las consecuencias que trae en política como en todo, transigir y acomodarse con lo malo bajo esta ó la otra excusa, no puede explicarse.

A menos de suponer que ustedes consideren la tesis católica como una Dulcinea que no merece la pena de azotarse.

En cuyo caso coinciden ustedes con su correligionario Sancho Panza el conservador más consecuente del partido.

ADOLFO CLAVARANA

SUETOS Y VARIEDADES

EL JUGADOR

De una mesa en derredor
Hay cien hombres apiñados
Con los ojos dilatados,
Por el placer ó el terror.
—¡Juego! una voz sepulcral
En medio el silencio grita,
Y aquella turba se agita
Bañada en sudor glacial.
Muchos que inmóviles y fijos
Están la carta esperando
Al verla, arrojan temblando
En ella, ¡el pan de sus hijos!
Y contenido el aliento,
Y la faz desencajada,
En las cartas su mirada
Se fija de un modo atento.
De pronto el silencio cesa
Elevándose mezcladas
Blasfemias y carcajadas
Al pié de la infame mesa.
Y todos causan horror,
Que allí nada puede haber
Noble, y es bajo el placer
Como mezquino el dolor.

Un hombre de faz sombría
Y de aspecto repugnante,
Que pierde en aquél instante
Lo postrero que tenía;
En su desesperación
Exclama con sordo acento;
—¡Si se jugara el aliento
El alma y el corazón!
—Yo necesito jugar,
Murmura fiero—¿Que haré?
—¡Vive Cristo! Robaré
Y se decide á robar,
Y aquél que fué caballero,
Rico, de buen corazón,
Hoy se convierte en ladrón
Para jugar el dinero!
Roba, y su pecho se agita
Al ver el oro en la mano;
Oro con que corre ufano
Hacia la casa maldita,
Y al pié del tapete verde
Bañado en sudor se para;
Arroja lo que robara,
Y lo que arroja lo pierde,
Perdiendo la vida mansión

Abandona jadeante,
Desencajado el semblante,
Ofuscada la razón,
Llega á su pobre desván,
Y allí sus hijos gimiendo,
Caen de hinojos diciendo:
—¡Tengo hambre... quiero pan!
Y su mujer, demacrada,
Hambrienta, muerta de frío,
También grita. ¡Esposo mío!
Tengo hambre, estoy helada.
—Silencio; voto á Satán,
Exclama iracundo el padre:
Y los hijos y la madre
Se acercan gritando. ¡Pan!
En tan horrible ocasión
Llaman; oye, y se detiene;
Es la autoridad que viene
Para prender al ladrón.
—Abrid á la ley—exclaman,
Y aquella voz escuchando,
Se queda inmóvil temblando,
Mientras que llaman y llaman.
Más cansados de llamar,
Derriban la puerta á hachazos,
Y al saltar esta en pedazos,
¡Un cráneo salta á la par!
Si, todos mudos de horror
En el dintel se detienen
Murió el que buscando vienen,
¡Se ha matado el jugador!
A aquel hombre se le enterra..
Otros cien siguen jugando
Para terminar robando,
¡Más la casa no se cierra!
Todos saben donde está:
Todos la conocen bien;
Y la autoridad también
Pero sigue y seguirá.

TEÓFILO PERÉZ GIL (Soldado de Farnesio)

CUIDADO CON LA BASURA

Estamos en la época en que todo el mundo se provee de almanaques, ramo literario en que el diablo hace su agosto como en tantos otros, introduciendo por medio de él en el seno de las familias los infinitos venenos de su repertorio.

Insistimos, como todos los años, en aconsejar al pueblo que vea lo que compra; y si no puede verlo, como acontece cuando se trata de almanaques de pared de los que tienen pegadas sus hojas, que se guíe por un criterio que no sea el fallo; el de no comprar sino almanaques católicos de procedencia conocida.

Los tiene *El Mensajero del Corazón de Jesús*.

Los tiene *La Semana Católica* de Madrid
Los tiene *La Revista Popular* de Barcelona.

Y los tendrán quizás otros periódicos católicos de cuya limpieza no cabe dudar y de los que no podemos dar noticia por no saber si los han publicado.

Todos los demás mamarrachos que se exponen en tiendas y librerías, sin marca de fábrica conocida, son puro estiércol en casi su totalidad y si no son estiércol puro, son estiércol mezclado, que quizás es mucho

MADRE INTRANSIGENTE

Una pobre viuda de la ciudad de Amiens tenía un hijo en edad de ir al colegio, y aunque ella hubiera querido llevarle al de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, como carecía de recursos y en la escuela laica daban libros, vestido y calzado, allí llevó al niño quien no tardó, por su desobediencia, modales groseros y falta de piedad, en demostrar los perniciosos efectos de la educación que estaba recibiendo, en vista de lo cual, la madre decidió sacarle de la escuela, pero en el momento de salir el niño: «Vengan aquí esos libros y cuadernos, y esos zapatos—dijo el profesor.—Y aun cuando hacía mucho frío y estaba nevando, tuvo el niño que quedar descalzo. Entonces su madre, cogiéndole en brazos y dirigiendo una mirada al profesor, dijo: «Después de todo, vale más su alma que un par de zapatos»; y se alejó estrechando contra su pecho al hijo de sus entrañas.

PENSAMIENTO POLÍTICO

Los tronos sostenidos por los que viven entre sentimientos de incredulidad, entre sentimientos de odio contra Dios y contra su Iglesia, están mal fundados y peor sostenidos, porque estos sostenes son débiles, son flacos, son inconstantes. Y si no han resistido al ímpetu revolucionario los tronos fundados en la justicia, ¿cómo han de resistir los que están fundados en la injusticia, en la tiranía, en el robo, en la calumnia? ¿Sera nunca posible que estos tronos subsistan?

(Pío IX, Alocucion á la nobleza romana el 27 de Diciembre de 1872.)

PENSAMIENTOS MORALES

La verdadera nobleza está en el pecho y en la mente. Quien mejor piensa, quien mejor siente, ese es más noble. No la distancia que vá de los pies á la coronilla, sino la altura que mide la frente, es la talla exacta del hombre.

Quien posee buena conciencia le abraza todo, porque como esta es la llave de todas las acciones, cierra por completo las puertas de las malas indicaciones que se abren á los sentidos

Josefa Galea.

LECCION IMPORTANTE

Un periódico americano ha tenido la humorada de enviar un *reporter* á los personajes más opulentos de su país para estudiar las ventajas de la riqueza.

Mr. Pullmann ha declarado que para considerarse rico se debe poseer cuando menos diez millones de duros pero que tal posesión no elimina las inquietudes y disgustos ajenos á la vida.

Mr. Mackay, dueño de la mina de oro de California, Bonanza, se ha sorprendido mucho de que pueda creerse que la felicidad tiene algo que ver con las riquezas. Era bastante feliz cuando era pobre dijo, lo soy bastante menos desde que soy rico.

Mr. Rockefeller, llamado el rey del petróleo, á quien se suponen unos 160 millones de duros, dice que las riquezas avivan la sed de poseer y que amarga todos los placeres el pensamiento incesante de aumentar y soñar su fortuna.

Es decir que el oro no dá la felicidad.

Eso ya lo sabíamos. Por algo nos enseñó N. S. Jesucristo á pedir el pan nuestro de cada día ó sea lo necesario para vivir y na

BIBLIOGRAFIA

LA LEYENDA DE ORO: VIDA DE TODOS LOS SANTOS QUE VENERA LA IGLESIA CATOLICA.—Esta preciosísima obra cuya 5.ª edición acaba de dar á luz la casa editorial de los Srs. L. Gonzalez y Compañía de Barcelona en 4 lujosísimos tomos 4.º mayor adornada con 40 láminas en color, viñetas, etc. y seguida de un trabajo sobre la divinidad de Jesucristo destruyendo los impíos errores de Straus, Renan etc; de las biografías de los santos canonizados por Pío IX y Leon XIII y de otro muy concienzudo sobre el concepto de la santidad é influencia de los Santos en la sociedad religiosa y civil, forma un conjunto de 3000 páginas de sana lectura que difundida con interés puede servir de nuevo dique al torrente de pestifera literatura que nos invade por todas partes. Toda alabanza nos parece escasa cuando se trata de alentar á los que emprenden obras de esta naturaleza exponiendo su dinero para servir la causa de Dios antes que sus intereses mercantiles. Toda recomendación nos parece tibia cuando se trata de ayudar á los que así luchan por el bien general antes que por el suyo propio; porque ¿quien duda que los Srs. Gonzalez y Compañía editores de esta obra y de la monumental *Cristiada* de Hojeda hubieran podido emplear sus capitales con menos peligro y más utilidad en otra clase de trabajos recreativos ó literarios de los que placen al público que paga.

Razon hay pues sobrada para que de nuevo recomendemos las obras de los Srs. Gonzalez y especialmente la *Vida de todos los Santos* recientemente enriquecida con un sin numero de indulgencias por 49 Prelados españoles, concedidas á los que devotamente leyeren una página ó pasage de dicha edición,

LA LECTURA POPULAR

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, fcllgreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, buerías, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos enales y otros centros.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones cuartos y octavos de accion.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándose la bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una accion.	4 pesetas mensuales
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "
Un octavo id.	0'50 " "

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pasqual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Bolsa 10, y en las demás direcciones católicas.